

—Es imposible, dijo el rey, que yo te permita partir; el rey D. Pedro te aborrece, y puede atentar á tu vida.

—Estais engañado, señor: D. Pedro me ama con delirio, y mi persona le es sagrada. Cuando yo le pedía la muerte en el castillo de Carmona, como el único bien posible, quiso hacerme todo el mal dable, y me aseguró no hacer rodar en ninguna ocasión ni por poderoso motivo, esta cabeza que me abrasa. Yo le amenacé, me creyó débil, y reprodujo el juramento. Le declaré una guerra á muerte; le dije que sería su sombra; mostró incredulidad y desdén; se sonrió de mi arrogancia, y me ofreció la libertad. Nada temas tocante á mí; iré á Burgos, rey D. Enrique, y temblará de mí D. Pedro. Mucho te deberé, hermano mio. ¿Me permites que así te llame?

—Sí, desgraciada hermana mia, contestó el rey enternecido.

—Mucho te deberé, hermano mio, si me permites ir á Burgos. Allí veré al Leon de Castilla, mas calenturiento y temblando.

—Cúmplase tu voluntad, Doña Inés.

—Gracias, D. Enrique el Segundo.

Todos los caballeros querían acompañar á la doncella: todos pretendían el honor de partir con ella el peligro y de participar su gloria. El joven Bernal de Bearne se aproximó al rey D. Enrique, y con apasionado acento,

—Señor, le dijo, tú bien sabes que una particular afición hácia tu persona y tu causa me ha conducido hasta Castilla. No vengo á aumentar mis Estados con tus mercedes, D. Enrique, vengo á ceñirte la corona y á que me tengas por tu amigo. Te he merecido distinciones de mucho precio para mí, pero si quieres aumentarlas con una que á todas eclipse, permíteme marchar á Burgos sirviendo á esta hermosa señora, y nada podré desear, ni nada podrás darme, ¡oh rey! que á tan gran favor se compare.

Iba á responder D. Enrique, pero se adelantó la huérfana, y con muy corteses razones agradeció al buen caballero su oferta, no admitiéndola por creer podría embarazar su proyecto...

—Está decidido, concluyó, que me acompañe este buen paje. Adios, D. Enrique; hasta Burgos. La huérfana salió con el paje dejando admirado al consejo de su decision y su porte.

Acordaron los caballeros proceder inmediatamente á la proclamacion de D. Enrique, y desplegando los pendones, recorrieron todas las calles de la ciudad de Calahorra, hasta haber llenado las fórmulas que segun el fuero se usaban, gritando tres veces: CASTILLA, CASTILLA, CASTILLA POR EL REY D. ENRIQUE EL SEGUNDO!

## CAPÍTULO IV.

Triste es vivir cuando el ciego  
Del hastío nos azota,  
Y del dolor las cadenas  
Van deteniendo las horas.  
J. B. SANDOVAL.

Quizá recuerden los lectores á una Beatriz, antigua dueña, que conocimos en Carmona. Inseparable de Doña Inés, la habia seguido á Calahorra, y mientras aquella reanimaba las esperanzas de D. Enrique, estaba sola en su aposento, con sus antiparras caladas y haciendo calceta á destajo.

Cincuenta años tenia Beatriz en el de mil trescientos cincuenta y nueve, y en cincuenta y siete frisaba á la época en que vamos corriendo. Era la dueña una mujer de aquellas por quienes no pasan años, y aunque sentia la enfermedad y los disgustos de la huérfana, sabia echar las penas á la espalda, y se mostraba mas remozada y, sobre todo, con mas carnes que en el castillo de Carmona.

Era Beatriz blanda de ojos, y aunque derramaba muchas lágrimas por el destino de su señora, solo producian el efecto de poner un ribete encarnado en los párpados de la dueña, pues las lágrimas que enflaquecen, son las que brota el corazon en sus cavidades ocultas.

De la mejor amiga de Inés, se habia convertido la nodriza en una censora continua, y mas de una vez insoportable. Con su afición á perorar, jamás despreciaba ocasion de hacer lucir sus buenas dotes; y como le faltaba Enrique, habia elegido por su víctima á la huérfana de Avendaño.

La tristeza de Doña Inés era un tema continuado para sus eternos sermones. Cada lágrima de la huérfana originaba una filípica; y su dolor, mucho casi siempre, daba motivo á interrogaciones ridículas, pero reproducidas diariamente. Tiene su egoismo todo dolor: el que conoce que padece por una causa sin remedio, funda su orgullo en el silencio; y esa pregunta tan sencilla de "¿qué tienes?" hecha por persona que conoce toda la magnitud del mal, y que no ha de ponerle término, produce una crispacion horrorosa, y hace crecer el sufrimiento en una proporcion que espanta. Todos conocemos por reiteradas experiencias este tormento familiar, dado casi siempre, por personas que nos profesan gran cariño. Nuestras mismas madres, esos seres á quienes debemos la vida, y que darían mil veces las suyas por ahorrarnos un sufrimiento: esos seres, todo dulzura, todo compasion, todo amor, con maternal solicitud buscan inquirir nuestras penas, y las aumentan muchos grados. ¡Oh! es muy triste usar aspereza con la que tan llena de amor quiere partir nuestros dolores; pero en instantes de amargura las rechazamos duramente, teniendo que reunir á otros males un remordimiento terrible.

Otra causa existia tambien, que puesta en boca de Beatriz era el torcedor de la huérfana: hablo del amor de D. Lope. Ya dije que la humanidad

con que habia tratado el alcaide á la dueña, medio sofocada por la ira que supo causar al rey D. Pedro, y sobre la paciencia con que escuchó toda su historia, reconcilió mucho á Beatriz con el alcaide del castillo. Habiendo crecido cada dia el desesperado amor de D. Lope, buscó una confidente en la dueña, y la encontró tan oficiosa, que no desperdiciaba ocasion de recomendar á la huérfana un enlace con Hinestrosa. Enlace de gran conveniencia, segun Beatriz, pues Doña Inés se iba pasando, en sentir de la antigua dueña.

Continuaba haciendo calceta Beatriz, cuando se presentó D. Lope, pálido como siempre y triste.

—¡Ay! dijo la dueña suspirando, cuánto deseo ver en tu rostro alguna señal de alegría.

—Es imposible, buena dueña.

—¿Has visto, señor, á mi Inés?

—Acabo de separarme de ella.

—¿Y se ha mostrado rigurosa?

—Siempre la misma.

—Eso va pasando de raya.

—Tengo cincuenta y siete años, y represento veinte mas.

—Cincuenta y siete tengo yo, y no me cambio por ninguna. Es una edad que á nadie asusta: un poco mas de medio siglo, la mitad de una buena vida.

—El término de la mia se acerca, y lo veo con gusto, Beatriz.

—Esa obstinacion de mi Inés me va enfadando ya, D. Lope, y ahora mismo voy á decirla, que si no cambia de...

—Es inútil. No encontrarás á Doña Inés. Acaba de salir.

—Señor, dijo la dueña levantándose, ¿mi Inés está fuera de casa?

—Sí, dueña, sí. Acaba de entrar en Calahorra D. Enrique de Trastámara.

—¿El conde?

—El conde viene á la cabeza de un ejército numeroso, y la ciudad lo ha recibido con aclamaciones y repiques.

—Pecadora de mí. Al escuchar tanto repique, me pareció que anunciarían una novena ó jubileo. ¿Pero cómo ha venido el conde? Esto debe ser un milagro.

—Los milagros que hacen las lanzas. Con el conde ha venido Enrique.

—¿Ha venido? ¡Hijo de mi alma! ¡Vendrá muy tostado del sol! ¿Ha crecido mucho? ¿Está muy grueso? ¿Tiene barbas? ¿Es capitán de compañía? Era muy travieso, D. Lope, pero tan leal como un perro.

—El niño es ya un hombre, Beatriz.

—¿Pero adónde se ha marchado Inés?

—A ver al conde.

—¿Sola?

—No: la va acompañando el buen paje.

—Sabeis, D. Lope, que es estraña esta conducta de la huérfana. ¿Qué irá á decir á D. Enrique? ¿Qué tiene que tratar con él si no le conoce siquiera, si no le ha visto ni una vez?

—Ir á decirle su idea fija; irá á contarle lo de

D. Juan; irá á pedirle su venganza. Un solo pensamiento ocupa la imaginacion de la huérfana, D. Juan: una sola palabra bulle en sus amoratados labios, D. Juan: un solo porvenir descubre, unirse al cabo con D. Juan. El es su Dios y su creencia: cifra en él la bienaventuranza futura y padece con noble orgullo porque se está muriendo por él. Hablarle de amor, es recordársele: hacerle ver su enfermedad es recordársele tambien. El manso arroyo que murmura, el huracan que airado brama, la blanda lluvia que fecunda y el ronco trueno que amedrenta, tienen un lenguaje simbólico que habla á su imaginacion doliente, y todos le dicen: "D. Juan."

—¡Oh! Teneis mucha razon, D. Lope: Doña Inés está casi loca, y temo...

—No ha perdido el juicio, pero lo perderá quizá. Hoy está viviendo Doña Inés bajo una pesadilla sangrienta; ¿cómo despertará? ¡Dios lo sabe! Si yo pudiera darla vida! ¡Si pudiera hacer con mi sangre un bálsamo que cicatrizase las hondas llagas de su pecho! ¡si mi alma convertida en fuego pudiera reanimar la suya! Pero no: todo es imposible. Doña Inés morirá de amor; yo moriré, Beatriz, de celos. Estoy celoso de una sombra, tengo por rival á un cadáver; y la sombra turba mi vista, y el cadáver ata mis miembros.

—Decís unas cosas, D. Lope, que hacen estremecer á uno: yo, la verdad, sueño de noche con aparecidos y duendes: ya se ve, si oigo por el dia tantas cosas extraordinarias, que no tiene nada de estraño... ¿Por qué no me habláis de mi paje?

—Para serviros, buena dueña, dijo Enrique entrando en la estancia, acompañado de la huérfana.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar! dijo la dueña santiguándose, y se quedó con la boca abierta, hasta mostrar la campanilla.

Enrique sonrió de verla: se adelantó unos cuantos pasos con marcialidad y buen porte, y llegándose hasta Beatriz, la dió un abrazo muy cordial con el mejor amor del mundo.

—¿Quién te habia de conocer? hijo, dijo la dueña sollozando: has crecido un palmo lo menos y con esas barbas estás hecho un soldado, muy buen mozo.

—Os estimo la cortesía.

—¿Qué grado tienes, hijo mio?

—Soy, para serviros, buena dueña, paje del rey.

—¡Paje del rey! exclamó Beatriz.

—¿Qué encontráis en ello de estraño?

—Enrique paje de D. Pedro!

—Enrique paje de D. Enrique el Segundo, rey de Leon y de Castilla, respondió el paje descubriéndose.

—¿D. Enrique, rey de Castilla? preguntó Hinestrosa.

Señor, repuso la hija de Avendaño, acaba de ser proclamado en el palacio del obispo, y pronto se darán al viento los estandartes de Castilla por el rey Enrique Segundo.

Hubo un instante de silencio, que nadie osaba interrumpir. La dueña que no se avenia con es-

tar callada largo rato, preguntó á Enrique afectuosa:

—¿Permanecerás mucho tiempo en nuestra compañía?

—Muy poco.

—¿Muy poco, dices?

—Segun creo, algunas horas nada mas.

—Tú has perdido el juicio, muchacho.

—Debe acompañarme hasta Burgos, replicó Doña Inés.

—Hasta Burgos! D. Lope y la dueña exclamaron.

—Hasta Burgos, repitió la huérfana.

La dueña se acercó á D. Lope, y con el mayor misterio dable le dijo tocando su oreja: acaba de peder el juicio.

D. Lope movió la cabeza, y dirigiéndose á Doña Inés,

—¿Sabéis, señora, que D. Pedro se halla en la ciudad adonde vais? dijo.

—Lo sé, á no dudarlo, D. Lope.

—Y queréis entregaros vos misma á la violencia de aquel rey?

—En el castillo de Carmona me dijo el rey estas palabras:

“Juro por mi corona, Inés, que no atentaré á vuestra vida.”

—Mas sin que atente á vuestra vida, puede aprisionaros.

—Tambien añadió, con tono solemne: “Desde el instante quedais libre. Y juro á Dios y á su santa Madre no aprisionaros en ningún caso, ni por ningún motivo, señora.”

—Puede atentar á vuestro honor.

—El honor, señor de Hineztrosa, no se arranca nunca á la fuerza: mi honor se conservará puro, como el sol entre los gusanos de cadáveres corrompidos.

—Tú no lo has pensado bien, Inés, y es preciso que cambies de idea. ¿Una jóven, una doncella, irse en busca de los peligros, ir al encuentro de aventuras? No es posible que así suceda.

—Hay ocasiones en que una jóven tiene deberes tan sagrados, que para cumplirlos arrastra mil extraordinarios peligros. Mi resolución está tomada, y no cejaré de mi empresa.

—¿Permitís á vuestro tutor que os acompañe, Doña Inés?

—No me hubiera atrevido, D. Lope, á proponeros un viaje que puede presentar peligros, y de seguro mil fatigas; pero acepto, con toda el alma la proposición que me haceis.

—¿Y yo me quer laré sola? Inés, dijo la dueña suspirando.

—Puedes ponerte en marcha, dueña, y nos encontrarás en Burgos. Será muy rápido el viaje, para que acompañarnos puedas. Enrique, dispon tres caballos, con mejor fortuna que un día.

Doña Inés no pudo seguir: los sollozos ahogaban su voz, y abundantes lágrimas sus mejillas flacas y ardientes. Perdida en tanto su firmeza, tuvo que acudir á un sitial, en el que cayó desplomada, y llorando como mujer, era mil

veces mas hermosa que cuando obraba como hombre con arrogancia varonil. D. Lope la miraba absorto: Beatriz lloraba mas que ella, y Enrique no osaba abandonar aquella escena de dolor.

Hizo un grande esfuerzo la huérfana y mandó de nuevo al buen paje que dispusiese los caballos. Enrique salió en el momento.

Doña Inés enjugó su lloro: Hineztrosa calzó la espuela, y una hora despues galopaban hácia la patria del gran Cid.

## CAPITULO V.

Dicen bien la plata y oro  
Destinados á las párias,  
Tendrán empleo mas noble,  
Comprando con ellos lanzas.  
A.

HABITA el palacio de Burgos el rey D. Pedro de Castilla; dos ballesteros dan la guardia en la puerta del gran salon, y estos ballesteros se llaman Garcí-Díaz de Albarracín y Pero Fortun. Garcí se esplica en estos términos:

—Por la lanza del rey D. Jaime, que haces una triste figura bajo esas escamas de hierro; y que llevas con tanta gracia tu maza de armas, como la mozucla de Pilatos debió llevar su recua.

—Tú tienes la culpa, Garcí. Si me hubieras dejado con mi oficio, con mi caperuza de zorro, y mi capote de velludo, deshecho del buen Hineztrosa, no harian burla del viejo lobo cuatro cervatillos de ogaño, que llevan con garbo el arnés, pero que no valdrian gran cosa, si conversaran mano á mano con un jabalí montaraz.

—Nunca has sido hombre de provecho, y me temo que no adelantes si conservas esas ideas, y quierés cazar jabalíes en las cámaras de palacio. Es la vida de un ballestero tan superior á la del menguado que se despeña por los montes, como es superior en la caza á un choto montés de seis meses un buen venado de seis años. El montero vive á lo perro entre ladridos y retamas: vivimos nosotros á lo rey, entre músicas y tapices. Tampoco faltan movimientos cuando toca el clarín de guerra; y si el moro se pone á tiro...

—Calla, Garcí; calla, por Dios. Hemos pasado siete años en guerra con el aragon, degollándonos los cristianos, como si fuéramos gentiles, y una sola vez que hemos visto correr la sangre de los moros ha sido tan alevemente.

—¿Bah!

—Sí, Díaz. Treinta y siete caballeros moros fueron llevados á la Tablada, y degollados como reses. El rey D. Pedro de Castilla hirió al rey moro de Granada, que con su vestidura de púrpura iba montado sobre un asno, y recuerdo bien las palabras que dirigió al rey de Castilla casi al punto de espirar. “Poca honra ganas, rey D. Pedro en matar á un rey rendido y que vino á tí bajo tu seguro y palabra.”

—El rey de Granada era un perro y no hubo mal en despacharle á comer alcuzcuz con Mahoma.

—Yo te juro, por San Anton, que no disparé mi ballesta en aquella caza de hombres: no me gustan, Garcí, esas muertes que manda dar á sus vasallos, como la del infante D. Juan.

—Calla, Fortun.

—Si yo hubiera olido bien el rastro, no hubiera caído aquella pieza entre las garras del león. ¡Pobre D. Juan! tan atrevido, tan buen cazador, tan bizarro... Y luego buena recompensa, estas escamas de serpiente y esta maza, que Dios maldiga.

—¿Te falta, Fortun, tu soldada, tu buena ración y tu vino?

—Tampoco faltan amenazas, malos tratamientos ni sustos. Se encuentra un hombre con su alteza: “Anda y salta los sesos á fulano. Si no se los machacas bien, échate la barba en remojo, para que te afeite el verdugo.” Luego despues eternas guerras. En Ateca recibí un chirlo que me puso inútil medio año: me sacudieron en Segorbe, y mas roturas tiene mi piel desde que sirvo al rey D. Pedro, que en veinte años de andar á caza.

—No encuentro ningún mal en eso, si no ha de servir para aceite.

—Mas ha de servir para vino, y la diferencia no es grande.

—Precisamente para vino. Por eso te digo, Fortun, que no es tan malo nuestro oficio, pues el vinillo no escasea.

—Bebia yo un jerez en Carmona, capaz de dar vida á un difunto, y este vino de las Castillas ni le descalza su zapato.

Larga hubiera sido la polémica entre nuestros dos ballesteros, si no se hubiera presentado el rey con Labrit, rico caballero frances, y muy afecto á su persona.

A la aparición del monarca se cuadraron los ballesteros y enmudecieron como estatuas; tal era el temor religioso que á sus servidores causaba el rey D. Pedro de Castilla.

Entrado que hubieron al salon, aproximó el rey dos sitaliales, y señalando uno á Labrit, se dejó caer en el otro con claras muestras de cansancio.

—Aquí estamos solos, Labrit, y podeis decirme sin reserva cuanto os parezca conveniente.

—Tú sabes, señor, que deseo combatir en pro de tu causa, y perecer si tú sucumbes.

—Tengo pruebas de tu amistad, y las espero cada dia mas relevantes si es preciso.

—Tampoco creerás, rey D. Pedro, que me impulsa bajo temor á aconsejarte con prudencia que conjures la tempestad.

—Sé que eres valiente entre los bravos.

—Pues escúchame, rey D. Pedro. Hace ocho años que mantienes con el monarca de Aragon una guerra, que no han podido terminar ni los legados de los Papas, ni el interés de ambas naciones. Apoyado el aragonés por el conde de Trastámara, príncipe valiente en el campo y previsor en el consejo, ha resistido con valor...

—Pero mis huéspedes de Castilla han traspasado sus fronteras, y los muros de sus ciudades no han

sido barrera bastante para sujetar nuestro brio. He conquistado, Labrit, pueblos para formar un nuevo reino.

—Así es la verdad, rey D. Pedro, pero es mudable la fortuna, y conviene mucho fijarla. Acosado el aragonés, como acabais de referir, ha recurrido al rey de Francia para que le permita traer un gran número de compañías que estaban devastando su reino, y que cayendo sobre Castilla, la pondrán en tan grave aprieto, como no se ha visto jamás. El rey de Francia condescendió; dió cien mil florines á esas gentes: el Papa les entregó igual suma, y el 1º de Enero de este año llegaron, señor, á Barcelona. El principal agente de esta empresa, el íntimo amigo de Beltran, el que inspira mas confianza á estos aventureros audaces, es el conde de Trastámara. El conde ha servido con ellos en las guerras contra el inglés, y lo respetan como hombre, como capitán y soldado.

—Me parece, amigo Labrit, que estás pintando á D. Enrique con unos colores tan vivos, que seria difícil conocerle.

—Así lo hubieras visto, señor, en la batalla de Araviana.

D. Pedro se mordió los labios, dejó el sitial con mal humor, y empezó á recorrer la estancia. Labrit guardó triste silencio, hasta que sentándose el monarca pudo continuar el francés.

—Mosen Beltran Güeselin, el conde de la Marcha, Hugo de Carbolay, Mosen Juan de Ebreus, doce mil caballos, y veinte mil peones á lo menos, están reunidos en Zaragoza bajo la enseña del Bastardo.

—¿Y qué decís, Labrit, con eso? ¿No tendrá soldados Castilla para resistir á esos bandidos y al mal caballero que los manda?

—No sé lo que harán tus soldados cuando combatir sea preciso; pero sí sé que son tan difíciles de resistir esos aventureros que desprecias, como fáciles de comprar. Tengo muchísimos amigos entre los capitanes de Enrique: tú tienes doblas en abundancia, y será posible entendernos.

—Todos hablan de mis riquezas, replicó D. Pedro enfadado, y se apresuran á repartírselas.

—Yo no quiero nada para mí; me sobra estado, rey D. Pedro, y estimo en tan poco la plata, como el polvo que ahora levanto al hollar esta rica alfombra. Labrit dio una recia patada, y continuó: esos soldados que paga Pedro de Aragon, pasarán á Pedro de Castilla si les aumenta la soldada y les ofrece un buen enganche.

—¿Y no será mejor, Labrit, pagar soldada á castellanos, y comprar hierro con el oro, que entregarlo á esos mal nacidos?

—Podrá no ser bastante el hierro que se compra, ni aguerridos los castellanos que se paguen con ese oro. No es tiempo de dudar, D. Pedro: á la primer ciudad que tome el conde, su ejército tendrá esperanzas, y no compraréis un soldado con todo el oro que teneis.

—No quiero comprarlo, Labrit. Su sangre me darán de valde, y yo quedaré con mas honra.

¿No soy D. Pedro de Castilla? ¿No tiemblan ante mí los señores, y dejan sus nidos de águila a amago de mi furor? ¿No tengo fieles ballesteros, comendadores y maestros, simples caballeros y soldados de las órdenes militares? ¿No doman mis altas galeras las tersas frentes de dos mares? ¿No están fortificadas cien villas y guarnecidas cien castillos? ¿No esperan mis adelantados, á la cabeza de mis huestes, una señal para el combate? ¿No soy D. Pedro de Castilla? Fuera todo temor, Labrit; agarrémos robustas lanzas, y vistámonos las corazas. Guerra! resuene en las llanuras: guerra! nos repita Moncayo.

—Guerra resonará, D. Pedro, y yo volaré á la pelea con tranquilidad en el alma, con serenidad en el rostro. No seré el último en la lid, ni el primero que la abandone. Mucha guerra tendremos, rey. Piensa, señor, maduramente cuanto te he dicho, y me responderás mañana.

—Lo pensaré, dijo D. Pedro; ahora nos conviene dormir.

El rey y Labrit se alejaron.

—¿Has escuchado Garcí-Díaz la conversacion?

—Sí, pardiez.

—Y ¿qué te parece?

—Que habrá cuchilladas, y tente perro.

—No me parecía mal el consejo de ese caballero francés. “De los enemigos los menos.”

—“Pero de la moneda la mas” que es la máxima del rey D. Pedro.

—Estoy por el francés, Garcí.

—Yo estoy por el rey en aquello de retirarse á descansar. Tú velarás las primeras horas por mas bisono, mientras yo ronco, buen Fortun. En las segundas cambiaremos.

Así sea, Garcí.

## CAPÍTULO VI.

¡Oh! Yo mi frente palpitando siento  
Con presura cruel; yo ni un instante  
Puedo apartar el vivo pensamiento  
Del objeto terrible que me agita,  
Y en la sima del mal me precipita!

MANUEL CAÑETE.

Entramos en el dormitorio del rey D. Pedro de Castilla. Está tapizado de verde; y sobre una mesa de nogal arde una lámpara de alabastro. Algunos siales contienen ropas arrojadas en desorden, y junto al lecho del monarca se encuentra una espada desnuda. Tiene el lecho cortinas de color de cereza, y en él está acostado el rey, piensa de una gran pesadilla. Su aliento interrumpido y ronco, las sacudidas de sus miembros, toda su agitacion revela uno de esos sueños afanosos, producidos por las ideas que nos atormentan despiertos.

Una mujer se halla de pié á la cabecera de la cama, y sigue todos sus movimientos con curiosidad estremada. Se mueven los labios del rey, y sueña en voz alta.

—Querer invadir las Castillas! locura. Labrit está loco. Quiere que ponga mis tesoros en manos de esos extranjeros: mis tesoros reunidos por mí con economías y privaciones. Jamas. He tenido desde muy niño una hambre rabiosa de riquezas, y una sed hidrópica de sangre. Ambas he dejado satisfechas. Me han proporcionado los judíos abundante copia de doblas y de joyas de gran valor: me han proporcionado mis nobles inmensa cantidad de sangre. Yo que soy el rey, yo que mando, ir á suplicar á Güesclin que venga á tomar mis tesoros para defenderme de Enrique? No. Que venga Enrique y Beltran. Yo levantaré diez soldados por cada extranjero de Enrique, y no dejaré ni uno con vida. Los pueblos seguirán mi pendon. ¿No he perseguido á sus tiranos? Han crecido las rentas reales, y los han vejado mil veces los recaudadores judíos. ¡Malditos perros! Mas el pueblo debe seguirme; y deben seguirme tambien los maestros que he nombrado yo mismo. Sús, maestros, comendadores, caballeros y adelantados de Castilla; sús, el enemigo está en la frontera: mas si se adelanta hasta Burgos, la defenderé yo en persona, y contra sus muros de piedra se estrellarán esas legiones que contra mí levanta el Bastardo.

Los labios del rey se cerraron: su respiracion se hizo mas fácil, y su sueño era mas tranquilo. La dama se aproximó mas: le puso la mano sobre el corazon, y le preguntó:

—Rey D. Pedro, ¿has olvidado á D. Fadrique?

—¿A D. Fadrique?

La respiracion del monarca volvió á ser afanosa y recia: la dama siguió preguntándole:

—¿Has olvidado, por ventura, al noble mästre de Santiago?

—¿Al mästre de Santiago?

—A tu hermano, D. Pedro: al que asesinaste en Sevilla.

—Sí, sí, le recuerdo. Mas no me preguntes por él. Su sombra me sigue por do quiera, y una voz ronca como el huracan y los truenos me gritan: “D. Pedro, has asesinado á tu hermano, dándole la corona del martirio por la conquista de Jumilla.” Esto dice la voz, y sigue repitiendo tres veces: “Cain, Cain, Cain.”

Las fatigas del rey crecian, y la dama siempre impasible hacia pesar mas su diestra sobre el corazon del monarca.

—¿Tienes memoria, rey D. Pedro, del infante D. Juan?

—¿De qué D. Juan?

—No pregunto por D. Juan de Aragon, al que asesinaste en Bilbao por no cumplirle tu palabra; pregunto por D. Juan tu hermano, el que asesinaste en Carmona.

—Calla, calla; no me le nombres. Era una noche muy tormentosa; los relámpagos alumbraban con su luz pálida y fatídica: zumbaba el trueno entre las nubes, y los granizos azotaban los rotos vidrios del castillo. Una lámpara moribunda mezclaba su luz sepulcral con la siniestra luz del rayo, y en los corredores sombríos interrumpia la

oscuridad para dejar ver las tinieblas. Llegó el infante: le detuve, provoqué su enojo; y cuando su daga amagaba pasar el corazon del rey, la maza de su balletero.... ¿Le conoces?

—Sí, Garcí-Díaz.

—Pues la maza de Garcí-Díaz le rompió el cráneo en cien pedazos. D. Juan se ha unido á D. Fadrique; veo su figura entre las nubes, á la cárdena luz del rayo, y como su hermano me grita: “Cain, Cain, Cain.”

El rey se ahogaba; pero la dama siempre impasible, apretaba mas y mas su mano.

—¿Nada mas recuerdas de aquella noche?

—Sí, más recuerdo. En aquel infierno de horror, apareció un ángel hermoso.... ¿Sabes cómo se llama?

—Inés.

—Sí, Inés. Repítelo, repítelo. Ese nombre es para mí tan santo como el de Jehovah para el judío. Pero no: calla, calla. Aquel ángel era el querube que arrojó á nuestro primer padre del mas hermoso paraíso. Aquel ángel me pidió la muerte, como si pudiera morir; y porque no cedí á su ruego, juró vengarse, juró ser mi sombra y mi conciencia.

—¿Tienes miedo de esa mujer?

—Sí; tengo miedo, respondió el rey con voz ahogada.

—“¿Qué pequeño es un rey! se dijo la dama á sí misma: con apretar un poco mas mi mano, bien puedo quitarle la vida.”

—¿Tienes en memoria, D. Pedro, á Doña Blanca de Borbon?

—Mandé que le diesen veneno, y ha sido tan noble Doña Blanca, que no me persigue su sombra.

—¿Te acuerdas de Doña María, la que te tuvo en sus entrañas, y tú hiciste que se refugiase en Portugal, en donde le quitaron la vida por mandato del rey su padre?

—Sí. Ella me llama “Parricida” y el eco repite “Neron.”

La dama levantó su mano: el rey lanzó algunos suspiros, y respiró con libertad. Este desahogo no fué largo: la mano se puso de nuevo, y continuaron las preguntas.

—¿Te acuerdas, rey, de un sacerdote?....

—¿El que vaticinó que seria muerto por el puñal de D. Enrique?

—Y se va cumpliendo su vaticinio.

—Cuenta.

—D. Enrique viene contra tí al frente de numeroso ejército.

—Lo sé.

—Ha penetrado por la frontera con sus banderas desplegadas.

—El rey se estremeció violentamente; la dama apretó mas su mano.

—Y es ya dueño de Calahorra.

D. Pedro quiso levantarse: la dama apretó mas su mano.

—Y es ya dueño de Calahorra.

—¿Dueño de Calahorra D. Enrique? ¿Qué traidor le entregó sus llaves?

—Hernán Sanchez de Tobar, rey D. Pedro.

—Era mi alcaide, y me ha vendido.

—No te ha vendido: se rindió á un ejército numeroso y á la voluntad de todo un pueblo, que te mira como una plaga. D. Enrique viene sobre Burgos.

—Que venga y con él cien mil mas. Yo estoy en Burgos; yo D. Pedro. Sus habitantes me son fieles: cerraré las puertas, daré picas á las mujeres, y combatiémos sin descanso contra el coude de Trastamara.

—Ya no es conde de Trastamara.

—¿Pues qué es?

—D. Enrique segundo, rey de Castilla y de Leon.

D. Pedro queria hablar, y bramaba: un sudor frio cubria sus miembros y blancas espumas su boca. Hacia esfuerzos para levantarse; mas la mano que le oprimia era una losa sepulcral sobre la cabeza de un muerto. Una sonrisa desdeñosa plegaba los labios de la dama, que como el arcángel San Miguel se consideraba triunfante sobre el otro arcángel caido. Al cabo de una leve pausa dijo al rey:

—Escúchame con atencion, D. Pedro. Si esperas en Burgos á tu hermano serás muerto por él sin remedio. Abandona pronto la ciudad: pasa á Toledo y á Sevilla: recoge tus grandes tesoros; y ya que no puedas guardar tu rico cetro y tu corona, deja satisfecha tu codicia, y huye con oro al extranjero.

D. Pedro estaba ya postrado: su respiracion era cansada y no se agitaban sus miembros. La dama aflojó un poco.

—¿Me oyes, rey?

—Sí, murmuró apenas el monarca.

—Yo soy la sombra del sacerdote, que mandaste quemar como agorero, porque te predijo tu muerte. Huye, D. Pedro, de tu hermano: la primera vez que se toque tu cabeza con la de D. Enrique te traspasará la corona. La primera vez que su pecho se junte con el tuyo te herirá sobre el corazon.

La dama levantó la mano y se salió rápidamente.

Al llegar á la puerta del salon, la preguntó Fortun:

—¿Señora, debo abandonar el cazadero, ó no sospechará el leon?

—Nada sospechará, Fortun. El leon no ha perdido su sueño, y puedes quedar muy tranquilo. Me has hecho un gran favor, montero; y el que fué instrumento de un crimen, ahora lo será de mil venganzas. Toma estas joyas y queda en paz.

—Dios os conserve, Doña Inés.

La huérfana desapareció; Fortun fue á llamar á Garcí.

—Despierta, despierta, viejo lobo.

—Me has interrumpido el mejor sueño de que he gozado hace diez años.

—¿El sueño del justo, Garcí?

- O el del pecador sin conciencia.  
—Hasta que alumbré el sol, Garci.  
—Duerme tranquilo como yo.

## CAPITULO VII.

Nada importa morir cuando nos hallamos agobiados por la edad, cuando la vida nos ha gastado, cuando las enfermedades nos abrumen. Nada importa morir cuando han muerto en nosotros casi todos los sentimientos, cuando las ilusiones, la esperanza y los afectos se han extinguido unos despues de otros; cuando nuestra alma no es ya mas que la ceniza del fuego que vivió en nosotros.

ALEJANDRO DUMAS.

Los primeros rayos de la luz del día veintisiete de Marzo de mil trescientos sesenta y seis, vienen á despertar las aves y á dar matices á las flores. La ciudad de Burgos, dormida en un regazo de esmeraldas, deja escapar algunos ayes, presagios de su despertar, y la naturaleza toda se anima al ver la frente de zafiros con que se levanta la aurora.

Empañados los horizontes por los vapores de la noche, reverberan tintas de grana, y sobre la plata de las nubes hiere un débil rayo del sol que nace, convirtiéndolas en topacios.

En los primeros días de la primavera se visten los campos con túnica de gala, y entre las hojas de su verde claro, frescas y barnizadas, aparecen pequeñas flores también barnizadas y frescas, dibujándose como estrellas sobre los espacios de azul.

Duermen todavía los tiernos niños en aquel reposo completo que no produce ni aun ensueños, porque nada esperan ni temen; sueñan las vírgenes hermosas con los amados de sus almas, y sus labios frescos y puros murmuran nombres adorados, que quieren ceñir con sus brazos en las dulzuras del ensueño. La madre afanosa despierta para dar su pecho al infante, ó echar una dulce mirada sobre las frentes de sus hijos; el labrador salta del lecho humilde y duro como el yugo que le sujeta, y va á regar con sus sudores la tierra feudal que da frutos para algún señor de vasallos. ¡Cuántas felicidades rotas! ¡Cuántos infortunios acabados! ¡Cuántas quimeras destruidas! El despertar de cada pueblo es una revolución moral en que los destinos se cambian, las condiciones se renuevan, la felicidad muda de manos, y los labios que mas reían, beben las lágrimas amargas por un contento que pasó para jamás reproducirse.

Al primer rayo de la aurora, aun era víctima el rey D. Pedro de su funesta pesadilla. "Perdon, sombra del sacerdote, perdon te pido de rodillas. Mi frente de rey á tí se abate; tú eres el martir, yo el verdugo."

Estas palabras habia repetido muchas veces el rey D. Pedro desde que se alejó la huérfana. Sus fatigas, siempre en aumento, iban agotando sus fuerzas, cuando el primer rayo de sol penetró por

una ventana que por descuido estaba abierta, y lió de lleno sobre el rostro del monarca de las Castillas. Esta luz viva hirió sus ojos, y dando un rugido de pantera se arrojó del lecho convulso, y se repitió varias veces: "Ha sido un sueño, ha sido un sueño."

Como para cerciorarse de ello, tocó muchas veces su cama, buscó sus ropas esparcidas, y se estregó también los ojos, siempre con temor, siempre con duda.

Mientras se vestía con presteza, fué coordinando sus ideas; y aunque se encontraba seguro de haber soñado todo aquello que su imaginación febril le presentaba como real, veía una relación tan perfecta entre los sucesos y su ensueño, que lo creía un fatal recuerdo del pasado, y un pronóstico que debía cumplirse muy en breve.

El fanatismo de aquel siglo creía con una fé sincera y franca en la ciencia de los astrólogos, y en las continuas apariciones de seres sobrenaturales y de muertos. El rey D. Pedro participaba de tan común preocupación, y habituado á respirar en una atmósfera impregnada de asechanzas y de traiciones, se habia ido trocando lentamente su suspicacia en fatalismo. Veía los puñales amagar, y aun cuando cortaba cabezas, de cada una de ellas brotaban otras cabezas mas robustas que pronto hacían sombra á la del rey, y que cercenaba á su vez. La muerte de aquel sacerdote que le habia predicho un fin próximo bajo el puñal de D. Enrique, era un torcedor de su conciencia; y el crédito que el vulgo daba á la predicción del ministro, un nuevo motivo de temor, de desconfianza y de recelo. El monarca concebía bien que se le hubiese aparecido en sueños la sombra de aquel sacerdote, y que le hubiese recordado sus crímenes y sus peligros.

A medio vestir salió el rey á su cámara; y viéndolo en ella á Garci-Díaz, su ballestero favorito, y que vigilaba su sueño,

—Garci, le preguntó azorado:

—¿Has visto entrar en mi dormitorio á alguna persona, ó tú mismo has penetrado por ventura?

—Señor, respondió el ballestero, no ha penetrado alma viviente, ni yo he abandonado mi puesto. Al despuntar de la mañana, ha llegado aquí un veterano que quiere hablaros con premura, y me ha costado gran trabajo detenerle, porque se mostraba empeñado en despertaros al instante.

—¿En dónde está ese hombre, Garci?

—En ese rincón le teneis.

D. Pedro volvió la cabeza, y vió sobre un rico sitial á un anciano tranquilamente. Se llegó á él el rey, y le encontró en sueño apacible. La fisonomía del anciano no era desconocida al monarca, pero encontraba alguna cosa muy cambiada, que confundía un tanto sus ideas. La situación del rey D. Pedro no era para contemplar á un dormido, y asíéndole por el brazo izquierdo, le puso en pié como si fuese una muñeca de cartón. El anciano se despertó, y sin muestra de sobresalto dijo á D. Pedro:

—Dios os guarde, rey de Castilla.

—¡Hinestrosa! exclamó el monarca.

—Sí, rey D. Pedro, uno de vuestros servidores mas antiguos.

—Y de los mas fieles también. ¿Pero no habítabas en Calahorra?

—Habité en Calahorra, señor, mientras perteneció á mi rey; acaba de mudar de dueño, y yo me he retirado á Burgos.

—¿Calahorra ha mudado de dueño? preguntó el rey lleno de espanto.

—D. Enrique viene contra vos al frente de un numeroso ejército; ha penetrado por la frontera con sus banderas desplegadas, y ya es dueño de Calahorra.

—(Las mismas palabras del fantasma.)

—Allí han proclamado á D. Enrique rey de Castilla y de Leon.

—¿Lo has visto, Hinestrosa?

—Señor, he visto su entrada triunfal. El pueblo le victoreaba, y sobre un hermoso tordillo iba seguido de cien caballeros franceses, ingleses, aragoneses y castellanos.

—¿Trae mucha gente D. Enrique?

—Treinta mil soldados á lo menos.

—¿Y hácia dónde debe dirigirse?

—Sobre Burgos.

—Treinta mil soldados Enrique... ¿Y yo qué les puedo oponer? Mis huestes están diseminadas; mis caballeros son traidores. ¡Oh rey D. Pedro de Castilla! Quieren arrancarme la corona, y... y además, D. Enrique traerá un puñal; el sacerdote; mi ensueño. Sí, mi ensueño debe realizarse; es un aviso del infierno que me está llamando hácia sí. Pero, ¿tú me has dicho la verdad? ¿No eres tú también un traidor? ¿No te ha comprado mi enemigo?

—A un anciano débil y enfermo no se compra, porque no vale. Un hombre que cuenta por horas las que le faltan para ser juzgado por el Supremo Rey de reyes, no miente. El que durante diez y seis años ha sujetado su pensamiento y hecho enmudecer sus pasiones para servir al rey D. Pedro, no se hace traidor en un día...

—Perdonadme, perdonadme, D. Lope. Toda tu familia es leal; toda perecerá si yo caigo, y los Padillas y mi trono, son el escabel y la columna. ¿Y qué me aconsejas, D. Lope? ¿Qué harías tú puesto en mi lugar?

—Yo, con mis años y en mi puesto, morir con honor ó vencer.

—¿Y si te persiguieran sombras, llamándote las unas "Cain," gritándote las otras "Neron," y diciéndote una imprecable: "Yo soy la sombra del sacerdote que mandaste quemar como agorero porque te predijo tu muerte: huye, D. Pedro de tu hermano. La primera vez que se toque tu cabeza con la de D. Enrique, te traspasará la corona. La primera vez que su pecho se junte con el tuyo, D. Pedro, te herirá sobre el corazón:" qué harías?

Hinestrosa guardó silencio.

—¿No me respondes, Hinestrosa?

—La vida no tiene ya encantos para un anciano

no como yo; mi sangre está helada (mentira, añadió entre dientes D. Lope), y me es indiferente que circule algunos años mas en las venas, ó regar con ella los muros de una ciudad...

—Yo no, D. Lope: el mundo tiene para mí mayor número de placeres que para cuantos hombres existen. Yo me deslumbré con el oro; yo me embriago con la hermosura, y tiene para mí mas perfume una mujer bella que las rosas de Jericó, que los aromas de la Arabia. Mi sangre es plomo derretido; arde y circula velozmente: no quiero perder ni una gota, no quiero morir tan temprano. Porque no puedes ya gozar; porque se han muerto tus pasiones; porque tienes raros cabellos y tan blancos como la nieve, que en vez de corazón encierras, dejarás el mundo tranquilo; yo quiero vivir y gozar; eres mal consejero, D. Lope.

—Peor aconseja la pasión que las arrugas y las canas; hay bajo la nieve volcanes... pero teneis razón, D. Pedro. Yo no puedo aconsejar bien; hace mucho tiempo que falto del palacio del rey de Castilla.

—Prontos, dijo el rey, mis donceles. Es preciso tener un consejo y deliberar con presteza. Llamad al buen D. Martín Lopez, Maestre de Alcántara; á D. Inigo Lopez de Horozco, á Pedro Gonzalez de Mendoza, á Juan Rodriguez de Torquemada, á Diego Fernandez de Córdoba, el alcaide de los donceles. Llamad también á D. Farar; llamad á todos mis amigos. Pronto, donceles, pronto, pronto.

Todos los donceles marcharon. Hinestrosa se dirigió al rey.

—Si me permitís, señor, retirarme...

—No, D. Lope, tú ante el consejo contarás todo lo que has visto.

—Cumpliré con vuestro mandato.

El rey se entró en su dormitorio para acabarse de vestir; D. Lope volvió á su sitial, y se reclinó tristemente.

## CAPITULO VIII.

Si tú me diste la vida  
Para cumplir tus preceptos,  
La vida, honor y fortuna  
A tu disposición tengo.

GONZALEZ.

ENTRE tanto que los donceles van despertando á los señores por el rey D. Pedro llamados, y que estos señores se visten y en el consejo se presentan, vamos á referir brevemente cómo habia conseguido la huérfana penetrar en el dormitorio del monarca, y por qué se hallaba Hinestrosa tan temprano en el palacio de D. Pedro.

Ya dijimos que habia salido de Calahorra con toda la premura dable; ningun incidente interrumpió la rapidez de su carrera, y avistaron los muros de Burgos la tarde misma de la noche en que hemos visto á Doña Inés dar pávulo á la pesadilla del arrogante rey D. Pedro. Al ver la ciu-

dad desde lejos, paró Hinestrosa su caballo, y dirigiéndose á la huérfana, dijo: "Yo hubiera podido permanecer en Calahorra sin nota de infamia, porque mis sufrimientos y mis años me hacen inútil para el servicio de D. Pedro; pero una vez llegado á Burgos, tengo el deber de presentarme ante mi rey y mi señor para referirle cuanto he visto." ¿Y qué habeis visto, señor alcaide?" preguntó la huérfana. "He visto la entrada triunfal de D. Enrique en Calahorra; he visto su proclamación, sus caballeros y su hueste," contestó el alcaide. Esta tarde llegamos, añadió la huérfana á la ciudad de Burgos, y mañana al amanecer podréis referir á D. Pedro cuanto llevais manifestado. Pero exijo una condicion. "Manifestádmela, señora." "No pronunciaréis jamas mi nombre en la presencia del monarca, ni sabrá circunstancia alguna que pueda tener relacion con mi permanencia en la ciudad." "Estoy tan interesado, Doña Inés, replicó Hinestrosa, en que el rey D. Pedro no trasluzca vuestra permanencia en la ciudad, que no pronunciarán mis labios una sílaba que pueda inspirarle sospechas." "Estamos convenidos, D. Lope." Los viajeros picaron de nuevo, y muy pronto la ciudad de Burgos los vió penetrar por sus puertas.

Así que se hubieron alojado llamó la huérfana al buen paje, y le manifestó su proyecto de presentarse al rey D. Pedro de una manera inesperada; para lo que era necesario conocer bien todo el interior del palacio, y saber las horas mas oportunas para encontrar solo al monarca.

Al entrar en Burgos habia tenido el paje un mal encuentro, ó para hablar con propiedad, una mala vista. Habia consistido esta, pues, en haber descubierto á Fortun, que con su amigo Garcí-Díaz se pavoneaba lindamente. Enrique profesaba á ambos un odio tan inextinguible, como justas eran las causas que se lo habian hecho concebir. En el primer rapto de ira puso las piernas al caballo para lanzarse sobre ellos; y hubiéndolo pasado muy mal, si una reflexion repentina no hubiera hecho conocer al paje que su escándalo comprometeria la persona de Doña Inés y los intereses del conde. Esta reflexion poderosa le contuvo, y la confianza de Doña Inés le hizo concebir un proyecto, bastante opuesto á su carácter y á su ardiente sed de venganza, pero que podia dar resultados muy inmediatos y seguros. ¿Qué me respondes, buen Enrique! volvió á preguntarle la huérfana.

—Mucha resolucion ha de tener la cervatilla que vaya á provocar al leon.

—Estoy resuelta, amigo mio.

—Os estimo tanto, Doña Inés, que preferiria cerrar en campo con diez ballesteros del rey, á ver en peligro vuestra persona.

—Agradezco tu buen deseo; pero no puedes tú cumplirle, ni adelantamos con él nada. Quiero penetrar en palacio. ¿Qué medio juzgas oportuno para conseguirlo?

—Uno solo. Pero sufriré tanta violencia, que si quisierais desistir....

—Habla, Enrique. ¿Cuál es el medio que tú juzgas tan adecuado?

—He visto á Fortun.

—¿Al montero que nos vendió villanamente?

—El mismo. Y sin el temor de dar un escándalo que comprometiese nuestra causa, ya me habria pagado su deuda, si pagar puede toda la sangre de un infame la del infante mi señor.

Gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos del jóven paje: los de Doña Inés estaban secos, mas eclipsados y radiantes.

—Veré, añadió el paje, á Fortun. Seis años, el sol y las barbas han hecho cambiar á mi rostro: no me conocerá y hablaremos. Aplazo, señora, mi venganza, para tomarla mas segura.

—Vé, Enrique, yo tendré que verle y me violentaré como tú: yo tendré que ver á D. Pedro, y me violentaré mas que tú.

El paje no repuso palabra y se dirigió hácia el palacio. Penetró en el patio fácilmente, y por su buena dicha el primer balletero que halló era Fortun, que con su mal aire y desaliño se hubiera distinguido entre ciento. Enrique no vaciló un instante, y cogiéndole por el brazo le dijo:

—Señor balletero, ¿cómo se encuentra el viejo lobo bajo esa camisa de escamas?

Fortun miró al paje fijamente: se pasó la mano por la barba, se dió dos golpes en la frente, y contoneándose con impertinencia le respondió:

—Señor capitan, pues tal pareceis por lo apuesto, no os conozco.

—Debírais tener mas memoria, amigo Fortun. Cuando fuiste herido en Ateca, ¿quién te hizo curar, quién te cuidó?

—Quizá los médicos de Cristo; pero yo, señor, no los recuerdo. Me sacudieron tan de firme, que se fué mi cabeza á pájaros.

—Yo estuve á tu lado, Fortun; y yo te he salvado la vida.

Fortun se cuadró con mal aire, pero con profundo respeto. Despues añadió:

—Eso es muy serio. Cuando un cazador cose á un lebré la piel que el jabalí le ha roto, el perro no olvida el favor y le paga lo mejor que puede. Si me habeis salvado la vida, disponed de ella como os plazca. ¿Queréis alguna cosa del soldado?

—Puede ser que te necesite.

—Pues hablad, señor. Estoy pronto.

—¿Cuál es tu ejercicio en palacio?

—Hacer centinela de noche, durante el sueño de D. Pedro, en la puerta de su aposento.

—¿Y estás solo?

—Con Garcí-Díaz. ¿Le conocéis?

—Sí le conozco.

—Durante las primeras horas velo yo, mientras Garcí duerme: durante las segundas, él vela para que descansen Fortun.

—No es considerable el trabajo. ¿A qué hora comienza tu guardia?

—A las diez, para terminarse á las dos.

—Pues escucha una confianza. Una dama muy

## CAPITULO IX.

Al alma ofrecen las sombras  
Que oscurecen mis horóscopos,  
Ilusiones, si los huyo,  
Realidades, si los toco.

J. B. SANDOVAL.

distinguida desea hablar contigo á las doce: tú no puedes abandonar la guardia.

—De ningun modo.

—Pues la dama vendrá á buscarte.

—¿Y si la sorprenden?

—En ese caso se presentará al rey D. Pedro, y nada tienes que temer.

—Tiene su alteza algunas vueltas.

—Eso nada importa, Fortun. A las doce vendrá la dama, y la tratarás cortesmente.

—¿Vendréis con ella?

—No lo sé.

—Pero señor....

—Es un favor que al perro herido pide el cazador....

—Bien está.

El paje le apretó la mano de una manera tan espresiva, que lanzó un gemido el montero, y quedó diciendo entre dientes: "El señor capitan aprita como unas tenazas de herrero."

—¿Qué has conseguido, amigo mio? preguntó la huérfana á Enrique al verle entrar en su aposento. Enrique dió parte á la dama de su entrevista con Fortun.

—¡Oh! exclamó Doña Inés gozosa, ¿cuánto tardan en llegar las doce!

—¿Y consentirá que paseis hasta el dormitorio del rey?

—Dios me protegerá, buen paje.

A las doce llegaba Doña Inés al palacio del rey D. Pedro, acompañada por Enrique: el paje se quedó en el patio, y ella subió hasta la antecámara. Fortun paseaba á lentos pasos: Garcí dormia profundamente.

—¿Quién vá? preguntó Fortun á la huérfana, que con rapidez se acercaba.

—Soy yo, respondió Doña Inés, acercándose al balletero.

—¿Doña Inés Sanchez de Avendaño!

—Silencio.

—Pero qué mudada estais, señora.

—Tú has sido la causa.

El balletero bajó los ojos.

—¿En dónde está el rey? preguntó la huérfana.

Fortun señaló con el dedo.

—¿Está durmiendo?

El balletero bajó la cabeza, haciendo señal afirmativa.

—Quiero verle.

—¿Vais á matarle?

—¿Soy yo asesino como él?

Fortun habia sujetado á la huérfana por el manto.

—Déjame verle, balletero.

—¿Me jurais no hacerle daño alguno?

—Te lo juro por Dios y por mis padres.

Pasó Doña Inés al dormitorio. Todo lo demas lo saben ya los benignísimos lectores.

No se mostraron perezosos los caballeros convocados, y á la media hora de la cita estaba reunido el consejo. Ocupaba un lugar inmediato á la persona del monarca D. Fernando de Castro, que como hermano de Doña Juana, dama con quien se habia desposado D. Pedro, como en otro lugar referimos, gozaba de grande privanza, y era acatado en el del rey de ambas Castillas. Llegado el momento de hablar, tomó la palabra el primero, y dirigiéndose á Hinestrosa, le instó á que esplicase nuevamente cuanto habia referido al monarca.

Con extraordinaria sangre fria, con admirable precision y con natural dignidad, les fué refiriendo D. Lope cuanto habia visto en Calahorra, y contado momentos antes á su rey y señor D. Pedro.

Hinestrosa estaba ofendido de algunas palabras algo duras que le habia dirigido el monarca en su conferencia anterior; y así terminó su relato sin añadirle reflexiones y sin recomendar partidos. Los caballeros le escucharon con notable atencion y alarma; pero al terminar, muchos de ellos dieron tales muestras de duda, que ofendió su descortesía la susceptibilidad del alcaide.

—¿Qué ves en esto? amigo Castro, preguntó el rey á su privado.

—Dos cosas, señor, solamente. La primera y mas criminal es haber entregado á Calahorra su alcaide Fernan Sanchez de Tobar. La segunda es el miedo que han inspirado al buen D. Lope esos bandidos del Bastardo: y por tan engañoso prisma ha visto su hueste mayor que puede serlo á la verdad.

—D. Fernando de Castro, mis ojos no hacen crecer los enemigos, y en el corazon de los Padillas no ha entrado jamas el temor, porque están llenos con la lealtad que á su rey y señor profesan. El que dude de mis asertos, puede preparar un caballo y seguirme para que se desengañe. El alcaide se levantó dirigiéndose hácia la puerta: D. Pedro le mandó sentar.

—Repito, añadió D. Fernando de Castro, que solo la traicion de Tobar ha sido causa de que el conde haya penetrado en Calahorra.

—No tiene duda, dijo el rey: pero yo tengo en mi poder á Juan Fernandez de Tobar y me pagará por su hermano.

Un doncel entró á todo prisa, y anunció al rey, que dos ciudadanos de Briviesca pedian audiencia á su monarca, augurando eran portadores de interesantísimas nuevas. El rey mandó que se presentasen al punto.

Los dos ciudadanos entraron y se inclinaron con respeto ante el monarca de Castilla. Era el uno de ellos anciano, como de sesenta y cinco